INFORME SOBRE LA EMIGRACIÓN DEL MATERIAL PEDAGÓGICO

John Sladek



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El libro, junto con el perro, detenta desde antiguo el título de «mejor amigo del hombre». Pero a los amigos no hay que abandonarlos, de lo contrario...

Cuando Edward Sankey saltó del coche levantó involuntariamente la vista al cielo. El firmamento estaba desprovisto de nubes, azul, vacío. Por el rabillo del ojo captó cierto movimiento: una línea quebrada de puntos. ¿Pájaros? No quiso mirar la línea directamente para averiguarlo. Bajando el ala de su sombrero, Sankey penetró en el Palacio de Justicia.

Preston, el otro miembro del comité, ya estaba a su mesa, esparciendo montones de documentos como un solitario de naipes. Se trataba de nuevas declaraciones de las supuestas emigraciones. Preston estaba seleccionándolas, al parecer, por medio de un intrincado sistema propio.

–Por lo visto has pasado mala noche, Ed –comentó–. Espero que estés dispuesto a escuchar a nuestros últimos testigos de hoy. Creo que tendremos listo el informe para el jueves por la tarde, y lograremos disfrutar de un merecido fin de semana.

–Yo... bueno, anoche sucedió algo –Sankey se dejó caer en una butaca y se desabrochó el primer botón del abrigo con una mano enguantada–. Yo... yo creo que vi algo. Y no sólo algo, sino...

–Ahora no tengo tiempo de escucharte, chico. Hay cincuenta testigos para entrevistar, y tenemos que leer todas estas declaraciones. Tranquilízate y ya me lo contarás mientras almorcemos.

Sankey intentó seguir el consejo de su socio.

Pero durante toda la mañana, mientras escuchaba a los testigos, tuvo el cerebro ocupado con los sucesos de la noche anterior.

Estaba sentado en su rincón favorito de lectura, una habitación más caliente y alegre que la biblioteca. A medianoche, Sankey empezó a dormitar delante de una taza de chocolate y el informe, execrablemente redactado, del patrullero H. L. Weems:

«Recibimos una llamada de la agencia de protección que se ocupa de la Colección de Manuscritos Waxmen. Dijeron que había un ventanal roto. Nos dirigimos al lugar de autos. Llegamos a las 10.45. No había más ventanas ni puertas abiertas. Los vidrios rotos estaban en el suelo, por la parte de fuera, ya que la ventana había sido abierta desde aquel lado. Sobre la hierba encontramos un libro. Después, no descubrimos la falta de ningún otro volumen. El del suelo estaba cortado por el cristal de la ventana. Era un ejemplar de la Crónica de Nuremberg, *una obra muy rara, uno de los primeros libros impresos.»*

De pronto, Edward se quedó sin aliento. El sonido, si se trataba de un sonido, procedía de la biblioteca. Marian, supuso, estaría buscando una novela para poder dormir.

Los últimos testigos eran expertos del gobierno. Bates, de la Comisión Wildlife, era un hombre bajito, calvo, con espesos mechones de cabello sobre las orejas y unas cejas circunflejas que le hacían parecer extrañado por todo cuanto veía.

–Como demuestra esta carta, las emigraciones no se dirigen exclusivamente al sur, sino hacia un lugar específico de la jungla brasileña. Hemos pedido a la Fuerza Aérea que sobrevuele la zona y

envíe un informe, pero, por lo visto, los aparatos convencionales no pueden penetrar hasta allí. El aire está literalmente lleno de... hum... emigrantes.

–¿Y los aviones de reconocimiento de gran altitud? –preguntó Preston, con la voz ronca por el esfuerzo de aquella semana.

–Han volado por allí y han fotografiado la zona en abundancia, pero las fotos no presentan nada importante.

Aquel sonido otra vez. Sankey frunció el ceño, examinando un informe de dudoso significado:

«La librera Emma Thwart, de 51 años, informa que un atacante desconocido le arrojó por detrás un diccionario enorme. Las fotos adjuntas son la señorita Thwart, mostrando las heridas de su hombro. Si...»

Hubo un ruido de vidrios rotos y Sankey se puso rápidamente en pie. Acercándose casi automáticamente al armario, eligió un palo de golf y fue hacia la puerta de la biblioteca. Apagó la luz detrás de él, pasó un brazo por el hueco de la puerta y dio la luz de la biblioteca. De un solo movimiento, le dio un puntapié a la puerta y se agachó.

En la estancia no había nadie. Habían roto un vidrio alto de la vidriera, pero ésta aún seguía cerrada. Del extremo de un estante faltaban cuatro o cinco volúmenes encuadernados, según observó, incluyendo los primeros tomos de *Dial* y de *Transición.* Mirando a su alrededor, pensó que le costaría sustituirlos.

Algo le golpeó en la nuca con inusitada fuerza. Cayó, recordando sin motivo alguno las fotos de la señorita Thwart.

Hablaba el señor Tone de la Biblioteca del Congreso.

–Creemos que existe una correlación entre los emigrantes y el índice de libros en uso, una correlación inversa, debo añadir –exclamó con su pomposa voz–. De este modo, vemos que las colecciones de ejemplares raros no son atacadas. Y no es ninguna sorpresa saber que los estantes «de restos de series» de las librerías están siendo desmantelados.

Entregó a los presentes unas hojas mecanografiadas con estadísticas.

–Sin embargo, ¿no es un hecho seguro, señor Tone, que el índice migratorio se ha elevado actualmente? ¿Y no significa esto que están desapareciendo toda clase de libros?

Tone se humedeció sus labios agrietados con una lengua pálida.

–Sí. En realidad, los libros que desaparecen ahora pertenecen progresivamente a tipos más usados. Según los últimos cálculos, toda la producción mundial de libros habrá desaparecido –consultó un cuaderno–, hacia el veintidós de este mes.

–El viernes, ¿verdad? –preguntó Preston. –Eso creo.

–Bien. Lo anotaremos como viernes, veintidós de abril.

Sankey sabía que sólo había estado inconsciente unos segundos, pero ahora estaba vacío todo el estante de libros *in cuarto.* Se puso en

pie tambaleándose, con el inútil palo aún en la mano, y buscó al atacante con la mirada.

Se produjo un ruido detrás del escritorio, como el de un pájaro batiendo un ala rota contra el suelo. Sankey corrió hacia allá y levantó el palo. El tomo *La caída del Imperio Romano,* de Gibbon, se movía atrás, y adelante, como abanicando sus hojas alocadamente. La encuadernación estaba rota y desgarrada, sin duda por haber chocado con la ventana o haberle golpeado a él. ¡De modo que esto era lo que había ayudado a escapar a los *in cuarto.* Sankey intentó pensar en su tensión arterial, pero de pronto todos sus pensamientos estuvieron concentrados en los dedos que aún sujetaban el palo de golf. Salvajemente, aporreó la cosa que aleteaba en el suelo, una y otra vez, hasta convertirlo en un amasijo pulposo.

Los testigos, aficionados y expertos, tenían opiniones muy arraigadas respecto a las causas de la emigración. Si bien muchos aficionados daban explicaciones sobrenaturales o se referían a las ratas que abandonan el buque que se hunde, la *deformación profesional* no era claramente menos responsable de muchas opiniones distorsionadas. Un psicólogo insistió en que la histeria de la guerra fría moderna y las tensiones de la vida actual producían alucinaciones en masa; la gente, sin darse cuenta, afirmó, estaba destruyendo o escondiendo los libros.

Un astrónomo intentó relacionar las emigraciones con las perturbaciones atmosféricas causadas por la actividad de las manchas solares. Aun cuando esta teoría «del viento espacial» resultó inadecuada, el hombre se aferró a ella con insistencia infantil.

Bates, de la Comisión Wildlife, aventuró la suposición de que los libros regresaban a un estado natural.

–Esto tiene consistencia –arguyo–. Los libros nacen de los árboles. ¿Quién sabe si poseen conciencia, aunque sólo sea a un nivel químico, de su origen? Ansiaban regresar a la jungla, y ahora lo ponen en práctica.

El señor Tone quiso saber si los libros podían sentirse despreciados, rechazados.

–Son material pedagógico –continuó–. Están ahí, semana tras semana, sin ser leídos. ¿Qué sienten? Bien, un ser humano, en su frustración, podría suicidarse, y esto es lo que hacen: se matan como lemingos. Toda mi vida he estado rodeado de libros, y creo estar calificado para afirmar que los comprendo.

Sedley, de la NASA, explicó cómo volaban los libros, pero se mostró reacio a dar una interpretación a su vuelo.

–Tal como yo lo veo, convierten parte de su masa en energía, de un modo que aún no comprendemos. Luego... bueno, aletean con las cubiertas.

»Todo lo que es plano puede volar, esto es simple. Pero no quiero hacer conjeturas sobre por qué vuelan. Tal vez Rusia podría contestar a esta pregunta con más rapidez que nosotros. Por mi parte, no pienso decir nada más.

Marian estaba contemplando las emigraciones por televisión, cuando Sankey llegó aquella tarde a casa.

–Las guías telefónicas de Florida –exclamó ella alegremente–. Millones de guías, querido.

Sankey contempló los objetos que aleteaban lentamente, antes de marcharse directo a la cama. Más tarde se levantaría para ocuparse de las últimas oleadas de informes.

El dolor de la nuca era más fuerte cuando se despertó a última hora de la tarde. Aunque trató de examinar los reportajes en su rincón favorito, tenía la visión borrosa por el dolor, y no pudo ignorar los sonidos sordos de la biblioteca.

Marian entró para darle las buenas noches.

–Si quieres un libro, querida –le dijo él cuidadosamente–, será mejor que te lo escoja yo. Realmente, la biblioteca no es segura esta noche.

–¡Oh, no, Dios mío! –replicó ella–. ¡No te dejaría entrar allí por ningún motivo! Además, esta noche quiero acostarme temprano. Espero que mañana sucedan cosas grandes.

–¿Cómo?

–Dicen que a mediodía pasará una inmensa bandada por encima de la ciudad.

Sankey y Preston trabajaron en la redacción de su informe solamente dos horas. A las 10.30 se hallaban sobre el tejado del juzgado con unos prismáticos. A lo largo del horizonte se veía una nube obscura, afirmó Preston, que no era más que la avanzadilla de la bandada. Sankey concentró los prismáticos hacia abajo, a la multitud que atestaba la calle.

–Ciertamente, ahí abajo hay un ambiente festivo –observó–. Como si aguardaran un vistoso desfile.

Al pronunciar estas palabras, comprendió que a él le ocurría lo mismo. Sin saber por qué, el aire tenía un sabor a alegría esperada. Examinó aquella sensación. ¡Qué ridículo! ¿Por qué había subido al tejado a mirar? Debía entrar otra vez y trabajar... pero continuó apoyado al parapeto.

Abajo, el tráfico se había detenido en muchos kilómetros de extensión, y los transeúntes ocupaban aceras y parte de la calzada. Muchos conductores se habían rendido, parando el motor, y trepando al techo de sus coches para contemplar el cielo. Por doquier había personas con libros bajo el brazo; probablemente pensaban soltarlos para ver si se unían a la bandada. Los buhoneros iban arriba y abajo, vendiendo libros de bolsillo.

–¡Aquí vienen! –gritó Harry Preston, dando un salto.

La nube había avanzado, y Sankey podía ya distinguir las partículas individuales de que estaba compuesta. Levantando los prismáticos, veía las formas de los que iban en cabeza, volando al mismo ritmo. Se elevaban en un esfuerzo heroico para que el resto de la bandada no rozase los tejados de la ciudad. Había mamotretos fuertes y pesados, libros de oficina, obras de referencia, y los demás volúmenes menores que iban detrás, según supuso Sankey por la formación en cuña, eran enciclopedias. Tal vez habría diez mil libros, tal vez un millón... ¿quién podía saberlo? Más abajo, se rompió una ventana del juzgado; una colección de referencias legales se elevó en una espiral perezosa, aleteando con sus cubiertas fuertes y duras.

Entonces, aparecieron miríadas de volúmenes de todas clases, agrupadas según los colores y épocas. Sankey observó un libro de himnos gigante, con sus hojas de pergamino abiertas hacia abajo para dejar al descubierto las notas negras, cada una mayor que una mano humana. Estaba acompañado por un coro de viejos salterios o libros de horas, Sankey no lo supo con certeza, planeando como querubines delegados. Inmediatamente detrás se veían apretadas filas de libros de texto de cubiertas grises, haciendo aletear al unísono sus hojas incoloras y sin dibujos. Había viejos tomos de medicina de tapas brillantes, con las hojas mojadas y goteando a causa de alguna reciente llovizna. Muy cerca volaban volúmenes de poesía encuadernados en piel verde o azul, de hojas de papel parecido al de embalar. Sankey se sorprendió al descubrir que los libros de poesía necesitaban esforzarse igual que los demás para remontarse al cielo. Finalmente, seguían los libros de cocina y las revistas de alegres colores.

Allí estaba toda la literatura, toda la filosofía, todas las ciencias antiguas y modernas, el resumen del pensamiento escrito. Sankey enfocó los prismáticos en los títulos más cercanos: Los *Pensamientos,* de Pascal, en un pequeño volumen azul; *Las hojas de hierba,* de Whitman, en verde oliva; *Rembrandt,* en color ámbar; *Adiestrando al perro pastor alemán,* en blanco, y una pequeña Biblia de bolsillo. Eran los últimos restos vividos del hombre civilizado: almanaques, talonarios, agendas, dietarios, volúmenes violáceos prestados en las bibliotecas. Aleteaban y destellaban en mil colores contra la luz del sol, ya en su ocaso o tal vez disminuida por otros miles de volúmenes; libros de bolsillo policíacos, junto con el *Tractatus logico-philosophicus;* Voltaire junto a Tomás de Aquino; Rabelais al lado de Elizabeth Barrett Browning.

La muchedumbre de la calle empezó a soltar sus libros al viento. Con un gran aplauso de páginas, aquellos millares de libros ascendieron para reunirse con la bandada que volaba en lo alto.

–¡Ojalá tuviésemos algo que enviar allá! –gritó Sankey, por encima del alboroto reinante.

–¡Los talonarios! ¿Qué te parece si soltamos los talonarios?

Los dos caballeros de sienes plateadas sacaron sus talonarios bancarios y los soltaron solemnemente a la brisa. Los delgados y torpes libritos planearon inciertamente unos instantes, y al final empezaron a volar con sus cubiertas de piel, con súbita energía.

–Tiene que haber algo más –se quejó Preston.

–¿Por qué no el informe?

–¿Por qué no? ¿Quién querrá leer ahora un *Informe sobre la emigración del material pedagógico?*

Sacaron el informe de la cartera de Preston y lo balancearon un momento por encima del parapeto del tejado. El clip a un costado del mazo de hojas las sujetaba fuertemente en forma de libro. Bien, volaría.

–Hazlo tú –ofreció Sankey, retrocediendo.

Preston abrió el mazo de papeles, lo elevó como una cometa y lo arrojó fuera del tejado. Se hundió, se cerró y cayó. En el momento en

que Sankey gruñía, el *mazo* de papeles abrió las alas una vez más, varios pisos más abajo, y empezó a volar.

Subió y subió, cada vez más alto, como un magnífico conjunto blanco contra la obscura nube. Sankey, con sus prismáticos, vio cómo se reunía con sus hermanos, en dirección sur. No tardó en desaparecer a lo lejos.

Librodot